

PALABRAS CLAVE

La Prensa / La Crónica / El Comercio / publicaciones diarias peruanas / golpe militar / periodismo

SUMILLA

Es muy difícil imaginar que tres o cuatro décadas atrás no estuviesen en los quioscos de las grandes ciudades peruanas La Prensa y La Crónica. Al lado del diario El Comercio eran las tres publicaciones diarias más importantes y sólidas del país, pues eran respaldadas por grupos económicos y políticos poderosos. La Prensa está vinculada a nombres como Pedro Beltrán Espantoso, Mario Castro Arenas, Elsa Arana Freire y La Crónica al grupo financiero de la familia Prado y al periodista Augusto Thorndike. Estas publicaciones corrieron suerte periodísticas distintas después del golpe militar de 1968. Este texto es un detallado recuento de su historia, de su pasado y de una eventual posibilidad de que sean retomados y vuelvan a las calles.

LA PRENSA Y LA CRÓNICA, VIEJOS ACORAZADOS QUE VOLVERÍAN A FLOTE

JUAN GARGUREVICH



Periodista, decano de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP y profesor en la Universidad Nacional de San Marcos. Especializado en la historia del periodismo, ha escrito varios libros, entre ellos, *Historia de la prensa peruana* (1991) y *La prensa sensacionalista en el Perú* (2000).

INTRODUCCIÓN

La Prensa fue fundada en 1903, La Crónica en 1912. Ambos diarios fueron importantes en algunas coyunturas políticas durante el siglo XX e, incluso, llegaron a ser grandes empresas que luego declinaron y finalmente desaparecieron dejando una memoria significativa. Por esto es que el anuncio de su probable reaparición llamó la atención, pues ambos fueron no solo trascendentes en política, sino también en la formación de varias generaciones de cuadros periodísticos.

La aparición de un periódico, y más si se trata de un diario, es un acontecimiento histórico importante que merece ser registrado porque una publicación no solo es una fuente histórica, sino la historia, la cual estamos aprendiendo a apreciar cada vez más.

Aquella afirmación de Albert Camus: “El periodista es el historiador del momento”, mantiene su enorme vigencia, si se tiene en cuenta que los periodistas registran la cotidianidad al detalle, ejerciendo, y muchas veces sin saberlo, el rol de historiadores que dejan huellas y pistas seguras que un profesional sabrá rastrear y completar más adelante.

Para que un diario vea la luz, hace falta una extraordinaria conjunción de voluntades. Diríamos, para describirlo mejor, que se trata de una compleja maquinaria formada por una variedad de elementos que deben funcionar y confluír a la vez. De lo contrario, no saldrá a las calles.

El procedimiento forma parte de la historia del periodismo mismo porque fue así desde los periódicos iniciales: primero el acopio de información, luego la selección y edición, y finalmente la impresión y la distribución o difusión. Así ha sido siempre el periodismo y así lo seguirá siendo, porque las nuevas tecnologías están acelerando el proceso y no alterándolo, simplemente porque esto no es posible.

Recoger información significa distribuir reporteros a las llamadas “fuentes de información”, esto es, hacer entrevistas, copiar materiales, investigar archivos, asistir a los tribunales, etc. Al regresar a la redacción, los periodistas deberán convertir esos datos considerados interesantes o dignos de ser conocidos por el lector previamente, es decir, que son “noticia”, según los cánones del oficio. Los redactores aprenden desde temprano a confrontar los detalles del hecho con una larga tabla de criterios de noticiabilidad que ha surgido de la práctica.

La etapa siguiente es tan difícil como la anterior, pues se trata de elegir la manera como aquellos datos pasarán a formas reconocibles por el lector. Pueden ser notas informativas simples, entrevistas, crónicas, reportajes, editoriales, caricaturas, columnas, etc. Después, un editor distribuirá el material en las páginas correspondientes y, finalmente, se enviará todo a los técnicos de impresión.

Mientras las rotativas ponen en papel y tinta todo el trabajo anterior, los encargados de la distribución ya tomaron previsiones de transporte, cobranza, reparto a los abonados, y recojo de las devoluciones de ejemplares no vendidos. Así se completa la tercera fase del sistema del periodismo.

Otros expertos preparan las campañas en busca de la inversión publicitaria, los avisos que harán posible el equilibrio económico de la empresa.

Así, todos los días, en sinergia perfecta. Pero hay un elemento más, absolutamente primordial, ineludible: el momento en el que aquel periódico llega a manos del lector. La publicación debe responder a las expectativas de calidad, quizá consonancia ideológica, interés, etc., de tal modo que incite a este lector a buscarlo el

día siguiente. Si la cadena se rompe, si ese lector se desinteresa... adiós periódico, en poco tiempo desaparecerá, sencillamente porque los costos sobrepasarán los ingresos por ventas y publicidad.

Una vez leímos que el camino de la historia del periodismo estaba flanqueado por esqueletos de diarios que se lanzaron a las calles llenos de buenas intenciones y que cayeron víctimas de su incapacidad de acercarse a la comprensión del lector, aquel desconocido que se acerca al kiosco y extiende una moneda para canjearla por el diario.

Algunos ejecutivos de experiencia sostienen que una de las empresas más complejas y difíciles de administrar es la dedicada a la edición de periódicos, porque intervienen expertos en diferentes ramas, desde el periodístico al administrativo, pasando por los de publicidad, las artes gráficas y el complejo aparato de distribución. Únicamente en el sector que maneja los asuntos económicos, los imponderables en los costos son muy complicados de mensurar. Algunas veces, el envío de un equipo de periodistas fuera de la ciudad, con pasajes, alojamiento y viáticos para cubrir un acontecimiento que inicialmente parece importante, no amerita ni una columna de información en una página interior; otras, sin que el periódico asuma costos adicionales, porque llegan denuncias directas a la redacción o similares, se logran primicias que elevan los tirajes.

Sin duda alguna, una siderúrgica o una central eléctrica, o cualquier otra, por importante que parezca y por astronómicas que sean sus inversiones, tienen sus costos más estables y las tareas normales de funcionamiento son rutinarias, a diferencia de una empresa editora de periódicos. Solo fijar los tirajes de cada día es un cálculo permanente de variables en el que hay que tomar en cuenta tanto el titular de primera página como el porcentaje de devolución de la víspera.

Todo lo anterior se idea en un contexto determinado, en una situación social, económica, cultural y política dada, que incitará a una o varias personas a lanzar la frase “Debemos fundar un periódico”.

Esta decisión puede ser motivada por coyunturas electorales —motivo usual en la historia del Perú, por lo demás—, por negocio empresarial, por simple deseo personal, etc. Pero en nuestra historia, repetimos, ha sido la política la principal motivadora de la fundación de diarios. Y han sido los periodos pre electorales los tiempos favoritos.

Esto, sin embargo, no garantizará el éxito, pues no bastan las intuiciones. Siempre será siempre necesario considerar el perfil del futuro lector porque de la consonancia y la identificación de intereses dependerá la constancia de la venta cotidiana. En síntesis, para considerar las razones de éxito editorial deberán examinarse las condiciones favorables, a la vez que las decisiones editoriales de los fundadores.

Los periódicos se renuevan y, a lo largo de su historia, suelen tener altibajos y éxitos; a veces cambian de dueño y de lectores, como *La Prensa* que conoció editores de variadas tiendas políticas y generalmente ante convocatorias electorales.

Sabiendo todo esto ¿cómo contar entonces la historia de un diario? Esta se presenta como una tarea difícil porque habrá de investigarse, y luego explicar, los siguientes elementos:

- El marco histórico que impulsó la decisión
- Los grupos de poder o de presión que consideraron necesario convocar adhesiones por medio de un periódico
- Los lectores de la coyuntura, lo que hoy llamaríamos de manera corriente “el mercado”
- Los marcos legales vigentes que permiten la empresa editorial y el ejercicio de la libertad de prensa
- Las decisiones editoriales básicas, como si se diseñará tamaño tabloide o *standard*, si se hará tratamiento noticioso serio o sensacionalista, etc. (Gargurevich, 2005)
- La tradición periodística.

Los peruanos tenemos una larga tradición periodística que se inicia con la llegada de los españoles, quienes importaron sus tradicionales sistemas de información y comunicación, como los primitivos pregoneros de historia que se pierden en el tiempo y las campanas para convocar y avisar. Luego, la imprenta, instalada en el siglo XVI, motivada originalmente por el deseo de imprimir textos evangelizadores, no tardó en convertirse en un instrumento de difusión noticiosa, ya sea a partir de textos reimpressos en Lima o que surgían allí cuando aparecían noticias sensacionales cuya difusión no podía esperar el permiso de la muy lejana Corona.

Tal fue el caso de la famosa relación que autorizó a imprimir y vender el virrey García Hurtado de Mendoza cuando su cuñado Beltrán de Castro persiguió y

capturó al corsario inglés Richard Hawkins en 1594, inaugurando con ello formalmente el periodismo peruano (Gargurevich, 1991, pp. 30-31).

Luego de las relaciones, noticieros y gacetas oficiales que poco se acercaban al periodismo noticioso, el virreinato autorizó la publicación del *Diario de Lima, curioso, erudito y comercial*, el primero de octubre de 1790, el cual fue el primer diario de las colonias españolas¹.

Examinando el contexto y la oportunidad de la publicación, Raúl Porras Barrenechea escribió:

Es la época de la Ilustración, España se suma a ese gran movimiento cultural europeo e incorpora a él sus colonias. Vienen expediciones científicas. Las universidades mayores se reforman y dejan entrar en esos claustros los vientos de la Enciclopedia. Bausate y Mesa (fundador del Diario) es simplemente el hilo conductor de una gran corriente colectiva (p. 93).

Hay otras visiones sobre la coyuntura que nos llevan a contemplar la Revolución Francesa cómo la corona española se preparaba para hacer frente al oleaje creciente de ideas liberales que ya circulaban en América pese a la férrea censura, como lo demostraría la organización de los intelectuales que al poco tiempo editaron el bisemanario *Mercurio peruano*.

Pero el momento más importante para la historia del periodismo en Lima fue cuando, en 1811, las cortes de Cádiz decretaron la libertad de imprenta y se ordenó al virrey Abascal que permitiera la aparición de publicaciones sin permiso previo, ni del gobierno ni de la Iglesia.

Inmediatamente, abundaron los periódicos, algunos de corta vida, otros más estables, pero lo importante fue que los que serían más tarde próceres de la Independencia se ejercitaron en la producción y en la discusión, enfrentándose conservadores, por una monarquía absolutista, con liberales, por una monarquía con parlamento (Martínez).

¹ Sobre este, recomendamos ver el libro de Mónica P. Martini *Francisco Cabello y Mesa, un publicista ilustrado de dos mundos (1786-1924)*, publicado por la Universidad del Salvador, Buenos Aires, en 1998.

Seguirá un periodismo de combate, primero independentista y luego de intensa discusión entre facciones que pugnan por el poder de la naciente república. En aquellos años, solo destacará el entonces discreto diario comercial *El Comercio*, que circuló por primera vez el 4 de mayo de 1839, fundado por el chileno Amunátegui y el argentino Villota.

A partir de mediados del siglo XVIII, la historia de los diarios está absolutamente ligada a la política, y su fundación obedece a necesidades de divulgación de facciones primero y luego de partidos políticos. Si examináramos cada periódico con la metodología propuesta arriba, encontraríamos que las opciones ideológicas y políticas son los motores fundamentales para la decisión de organizarlos de tal forma que el rédito se diera en términos políticos. Este, y no otros, fue el motivo que tuvieron los fundadores de los diarios que reseñaremos, *La Prensa* y *La Crónica*.

LA PRENSA, VARIAS HISTORIAS

Fue una sorpresa la reaparición de *La Prensa*, pero esta vez en una edición virtual, es decir, por la vía de Internet y, por un curioso guiño de la historia, como propiedad del que en un momento fuera su más empeinado adversario, el diario *El Comercio*, de la familia Miró Quesada.

Desde su desaparición, circularon varias versiones acerca del destino de la empresa e, incluso, sobre el hermoso, pero ya viejo edificio que la albergaba en el jirón de la Unión, calle Baquíjano 745, pero pronto fue obvio que su redacción y sus máquinas jamás volverían a funcionar en el entrañable local (Marka, 1985; Hoy, 1986; y Expreso, 1989).

El lema de la nueva versión del diario fundado en 1903 es “Periodismo digital para el nuevo siglo”, indicando que, una vez más, el viejo periódico enarbolaría estandartes de modernidad, tal como lo hizo en varias etapas de su agitada vida, pero ¿qué versión de *La Prensa* deberíamos historiar? Porque, a diferencia de *El Comercio*, estuvo en varias manos, a veces antagónicas, que hacen necesario dividir su historia en por lo menos cinco etapas bien definidas:

La primera etapa comprende el período entre 1903 y 1921. En ella asistimos a su fundación y fusión con el diario *El Tiempo* (1905). Hubo una promoción del Partido Demócrata (Piérola) y luego del Partido Liberal. Sus directores sucesivos

fueron Pedro de Osma y Barreda, Alberto Ulloa, José María de la Jara y Ureta, Enrique Castro Oyanguren, Luis Fernán Cisneros y Alberto Ulloa, quien vende sus acciones al organizador del Partido Liberal, Augusto Durand (Paz-Soldán, pp. 152-153).

La segunda etapa abarca desde 1921 a 1932. En este período se dio la expropiación por parte del gobierno de Augusto B. Leguía. Su dirección estuvo a cargo de Manuel Forero y Leopoldo Cortés. Posteriormente, en 1930, el diario fue devuelto a la viuda Durand y lo dirigieron Ignacio Brandariz y Augusto Durand hijo. La familia cierra el diario.

Entre 1934 y 1974 el diario tuvo su tercera etapa. Luego de un lapso de cambio de manos con directores como José Quesada, Guillermo Hoyos Osore, Eduardo Marisca, Francisco Graña Garland y Eudocio Ravines, Pedro Beltrán Espantoso se hace cargo de la dirección en 1951 y pone la redacción al servicio de los intereses agroexportadores (también asumen la dirección por breves lapsos Carlos Rizo Patrón, Mario Miglio, Pedro Beltrán Ballén, Mario Castro Arenas.

La cuarta etapa del diario corresponde al período entre los años 1974 y 1980. El proyecto de expropiación termina siendo confiscación. El Gobierno militar de la primera fase (general Velasco Alvarado) nombra como director a Walter Peñaloza. En la segunda fase (general Morales Bermúdez) se suceden en este cargo, Gilberto Escudero Oyarce, Luis Jaimes Cisneros, Alfredo Quispe Correa y Carlos Quiroga.

Por último, entre 1980 y 1984, el diario es devuelto a sus antiguos propietarios y se cierra definitivamente. Durante estos años la dirección estuvo a cargo de Arturo Salazar Larraín y en los últimos días de Federico Prieto Celi.

Una diferencia importante con el diario *La Rifa* es que este fue el sostén de la familia y sus famosos cambios de línea editorial fueron consecuencia de los intereses coyunturales de los Miró Quesada. Cada mudanza fue muchas veces reacción de supervivencia ante el peligro y nunca fue vocero formal de ningún partido, pese al confeso civilismo de sus directivos.

La Prensa, en cambio, siempre fue instrumento de presión política o económica y nació para apoyar al Partido Demócrata y a su líder indiscutible, el polémico Nicolás de Piérola, en 1903. Su enemigo principal era el Partido Civil, propa-

gandizado también por *El Comercio* y sus propietarios, la familia Miró Quesada. El millonario Pedro de Osma apoyaba al Caudillo de Cocharcas y su flamante periódico fue entregado a los pierolistas Alberto Ulloa Cisneros, Luis Fernán Cisneros y otros, en una etapa de gran brillantez para el diario, pues la redacción contaba con escritores tan importantes como Leonidas Yerovi, Pedro Ruiz Bravo, Carlos Guzmán y Vera e, incluso, el joven José Carlos Mariátegui.

En 1915, *La Prensa* fue vendida a Augusto Durand, quien había fundado en 1900 el Partido Liberal para el que organizó después el diario *El Liberal*, de corta vida.

En 1921, el dictador civil Leguía expropió y arrebató el diario a Durand y lo utilizó para difundir su propaganda hasta su caída en 1930, cuando fue derrocado por Sánchez Cerro, cuya administración intentó seguir publicando el periódico, pero optó por devolverlo a la familia, que no supo cómo administrarlo y revitalizarlo, así que debió cerrarlo en 1932. Debido a esto, varios antiguos civilistas pensaron en llamar a José Pardo, quien residía en Biarrits, para que reviviera el Partido Civil.

Carlos Miró Quesada relata que, al mismo tiempo, “Se pensó en la conveniencia de comprar las acciones del diario *La Prensa*, las que fueron adquiridas por varias personas. Se convirtieron en accionistas Luis Pardo y Barrera, Ramón Aspíllaga, Manuel Mujica Carassa y la empresa editora *El Comercio*” (Miró, p. 478).

El proyecto civilista fue abandonado en parte por el asesinato del director de *El Comercio* en mayo de 1935, quien había sido el principal animador de la idea, con su muerte también desapareció el legendario partido de los civiles que se opusieron con éxito al militarismo.

Ya había aparecido antes Pedro Beltrán, quien lo pondría al servicio de los intereses de los poderosos terratenientes peruanos organizados en la Sociedad Nacional Agraria para participar en las elecciones de 1936 mediante el nuevo partido Unión Nacional, apoyando a Manuel Vicente Villarán y su Acción Republicana. Beltrán relata su experiencia:

Es de imaginar cuánto esfuerzo costó, por fin, sacar el 20 de julio de 1934 el primer número que, naturalmente, no era igual, pero sí lo más parecido a *El Comercio* que, en opinión general, era el modelo de lo que debía ser un periódico (p. 51).

Cuando Benavides suspendió dicho proceso electoral² y se afianzó como Presidente, Beltrán se retiró de la empresa y los Miró Quesada vendieron su parte a José Quesada Larrea quien puso el diario a disposición de la candidatura de Manuel Prado en 1939. Los terratenientes exportadores volvieron a comprar el diario porque Prado se mostraba demasiado modernizante y había que hacer frente a la amenaza de aumento de impuestos.

La leyenda de Pedro Beltrán

Pocas personas han sido tan controvertidas en nuestra historia como Pedro Beltrán Espantoso, dueño de la hacienda Montalván en el sur chico, líder visible de la poderosa Sociedad Nacional Agraria, pretendiente frustrado de la presidencia. Su exagerado seguimiento y admiración de la política de los Estados Unidos hizo dudar a muchos de su patriotismo, aunque se asegura que su angustia era el destino y futuro del Perú. Beltrán cultivaba amigos y enemigos. En el importante grupo de periodistas e intelectuales que reunió en *La Prensa* lo apreciaban como lúcido guía, como un visionario. En otras tiendas políticas, lo detestaban y atacaban sin piedad. El citado Miró Quesada traza un retrato terrible del terrateniente: “Hombre pusilánime, renegado, tortuoso, impopular y sin convicciones” (op. Cit, p. 482).

Beltrán se hizo cargo del diario en 1947, cuando su director Francisco Graña Garland fue asesinado por presuntos sicarios del APRA, todavía en el gobierno, pero sufriendo los ataques implacables, entre otros, de *La Prensa* y del partido beltranista Alianza Nacional. Años más tarde, fundaría Los Independientes, su tercer partido, el cual sufrió un fracaso contundente.

La biografía política de Beltrán es enrevesada, a la vez que apasionante, y entre las cosas que vale la pena relevar encontramos su interés en convertir a *La Prensa* en un diario moderno al estilo de los neoyorkinos que conocía bien, quizá *The New York Times* y el *Herald Tribune* eran sus modelos (Thorndike, pp. 85-86).

Los cambios importantes los inició recién en 1950, cuando ya circulaba con éxito creciente *Última Hora*. Hasta esa fecha, la primera plana del diario estaba cubierta de avisos, algo ya inconcebible en el nuevo periodismo de América Latina,

² Las elecciones fueron anuladas por el triunfo del candidato Luis Antonio Eguiguren que apoyaba el Partido Aprista.

debido a la influencia homogeneizadora de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), de la cual Beltrán era decidido seguidor, a la vez que impulsor.

Inició entonces la tarea de reunir una nueva redacción y llevó a jóvenes universitarios que mezcló con buenos profesionales, lo que daría como resultado un cuerpo de redactores de excelente nivel. En esa hornada inicial estuvieron los jóvenes Salazar Larraín, Zegarra Russo, Salazar Bondy, Chirinos Soto, Jorge Moral, Jorge Donayre y Alfonso Pocho Delboy, una larga lista para otra historia.

En 1963, redactaron un Manual de Estilo que decía, entre otras cosas:

Ha quedado ya, claro y terminantemente explicado que todo periodista que trabaje en LA PRENSA debe ser un esclavo de la verdad. Hemos visto que objetividad, imparcialidad, exactitud, precisión, etc. son condiciones indispensables en un periodista de este diario. ¿Era esto posible en el diario de Pedro Beltrán? La interrogante se merece una discusión.

El golpe que no estaba en el libreto

En clara diferencia con *El Comercio*, Pedro Beltrán lanzó las mejores plumas de *La Prensa* contra el golpe militar de octubre de 1968 que derrocó al presidente Belaúnde bajo el liderazgo del general Juan Velasco Alvarado, la Revolución de la Fuerza Armada.

Evidentemente, esta vez el control de la política había escapado de las manos de los grupos dominantes tradicionales y la estabilidad de sus intereses estaba seriamente amenazada. Era lo contrario del golpe militar del general Manuel A. Odría en 1948, el cual *La Prensa* celebró diciendo en su editorial de primera página:

Emprende ahora el país una nueva etapa. La fe le guía y la esperanza le ilumina el sendero. Todo es promisor en esta hora decisiva de nuestra historia. En las manos limpias y vigorosas de los miembros de los institutos armados están, por ahora, los destinos nacionales[...] (La Prensa, 1948)

La Prensa libró una dura batalla contra los militares velasquistas y recibió de aquellos castigos como la famosa disposición prefectural de enero de 1972 que impidió a Beltrán seguir siendo el director del diario, pues se alegó que había

infringido el Estatuto de la Libertad de Prensa, Decreto Ley 18075, que estipulaba que los directores de medios debían residir en el país y se consideraba como no-residentes a quienes hubieran salido del Perú más de cierto lapso (El Comercio, 1972). Esta fue una leguleyada de los militares, pero con ella obligaron a los propietarios a nombrar como nuevo director Pedro Beltrán Ballén, sobrino del antiguo director, y a don Pedro a quedarse en los Estados Unidos prácticamente en calidad de exiliado.

Tras la toma de los diarios en 1974, el gobierno militar nombró como director al distinguido educador Walter Peñaloza, quien debió enfrentar una fuerte resistencia por parte de los beltranistas que no depusieron su actitud opositora al gobierno. El proyecto velasquista de entregar los diarios de circulación nacional a sectores organizados de la sociedad asignó el diario a las Comunidades Laborales, intención que nunca se cumplió.

Cuando el general Velasco Alvarado fue reemplazado por el general Morales Bermúdez a mediados de 1975, asumió la dirección Gilberto Escudero, hombre de confianza de los militares que duró hasta el año siguiente, julio de 1976, cuando fue nombrado en el cargo el reputado académico Luis Jaime Cisneros. Así, aunque de manera irregular, el apellido Cisneros volvió a *La Prensa*, pero debe advertirse que hizo honor a la tradición familiar, pues fue la mejor época del diario expropiado, tanto en términos de calidad, como de buen periodismo plural, en la medida en que esto era posible durante un gobierno militar autoritario; presentó su renuncia en 1978 y fue reemplazado por el abogado Alfredo Quispe Correa, quien a su vez fue cambiado por el director que se encargaría de la transición, Carlos Quiroga, en 1980.

Pedro Beltrán no pudo volver a dirigir su diario, pues murió en Nueva York en febrero de 1979, pero su viuda, Miriam Kropp, regresó a Lima para presidir el directorio y decidió entregar el timón a Arturo Salazar Larraín, uno de los más fieles periodistas de la vieja guardia beltranista. Salazar se unió a la curiosa decisión, seguida también por los otros diarios confiscados y devueltos, de borrar de la historia la numeración del diario de los años militares y, sobre todo, eliminar el recuerdo de los directores; de hecho, en la edición del 30 de julio de 1980, se lee “Esta Edición continúa a la del 27 de Julio del 74” (La Prensa, 1980). Como sabemos, la historia fue más bien ingrata con él, pues condujo a *La Prensa* a la quiebra y al cierre definitivo.

¿Por qué cerró el diario de Baquijano?

“[...]Algún día les contarás a tus hijos que ahí, en ese edificio que se cae de viejo, ahí hubo un periódico, el más conservador e influyente de Lima[...]”, el texto es de Jaime Bayly y pertenece a las últimas páginas de su caricaturezca novela sobre el diario de Beltrán, *Los últimos días de La Prensa*, pero muchos de los que realmente estuvieron allí, en 1986, durante los últimos días, aseguran que esta obra es realmente un *roman a clé*, es decir, una crónica con nombres alterados y que, por ejemplo, “Larrañaga”, el director, es realmente Arturo Salazar Larraín a quien el nuevo directorio entregó la empresa. Pero los dispendios o la mala administración, novelesca o real, no fueron las razones reales de la crisis del diario.

Sencillamente, los intereses agroexportadores que habían sostenido la vieja versión ya no tenían interés en invertir el dinero que podían colocar, por ejemplo, en la televisión o en la cadena de Correo o en *El Comercio* que los Miró Quesada renovaban con una moderna visión empresarial, avanzando hacia un grupo mediático importante.

Aparentemente, Salazar Larraín no tenía experiencia en gestión de una empresa tan complicada que heredaba, además, un sindicato hostil. Para remozar la redacción, y luego de un despido masivo de periodistas, intentó replicar el viejo modelo de reclutamiento que había probado con éxito Beltrán en los años cincuenta al convocar jóvenes universitarios, entre estos el mismo Salazar Larraín. Después de haber despedido a varios profesionales experimentados, reunió a un puñado de noveles que lideraba su hijo Federico y entre los que se encontraban Pablo Cateriano, Enrique Ghersi, Iván Alonso, Carlos Espá, Freddy Chirinos, Mario Ghibellini, Juan Carlos Tafur, Álvaro Vargas Llosa y el citado y hoy famoso Jaime Bayly con escasos 16 años, entre otros. A pesar de esto, la verdad es que hacía falta mucho más que los entusiasmos de aquellos veinteañeros para hacer de *La Prensa* un buen diario.

El gobierno de Belaunde concedió créditos y ventajas tributarias a los medios expropiados, pero ni aún así pudo Salazar Larraín sacar el periódico de la crisis que se ahondaba cada día hasta que el “señores, lo siento, no va más” se anunció en julio de 1984, cuando ya la inflación se desataba (en ese momento el premio mayor de la lotería limeña era de mil millones de soles). En medio de este desorden, se hizo cargo del moribundo diario el periodista Federico Prieto Celi, quien redactó el que fue probablemente el último editorial, pues no se ha establecido cuál

fue el último día del diario. Aquel sábado 28 de julio, en edición extraordinaria de cuatro páginas, dijo que volverían, que solo necesitaban ayuda para seguir adelante, pero poco después no apareció más en los quioscos limeños, dejando en la calle a 485 trabajadores que pidieron inútilmente ayuda al gobierno de Alan García.

Salazar Larraín, años más tarde y sin ningún ánimo de autocrítica, afirmó que el cierre se debió a la falta de avisos publicitarios —pese a contar una buena circulación—, a las acciones del sindicato, pero sobre todo por la falta de papel:

Con el entusiasmo de sacar el periódico no nos fijamos que no había reservas. Cuando nos dimos cuenta ya era tarde. *El Comercio* nos prestaba papel, pero no podíamos estar permanentemente en esa situación, por lo que se llegó a la conclusión de que debíamos liquidar la empresa (Michilot, p. 180).

La Prensa está ahora en la nube digital, y puede visitarse en el enlace laprensa.com.pe. Ahora pertenece a la empresa de su viejo y sempiterno rival, *El Comercio*. El gran edificio del jirón de La Unión, al que llamaban “La cueva de Baquijano”, sigue en pie, pero convertido en tiendas y depósito comercial.

***LA CRÓNICA*, DIARIO ILUSTRADO, POLÍTICO INDEPENDIENTE E INFORMATIVO**

Hemos adoptado para *La Crónica* el pequeño formato, que ya se está adoptando profusamente en Europa y otros países adelantados de América. Hoy, que todo el mundo lee y que lee en cualquier parte, los grandes formatos tradicionales tiene inconvenientes que el pequeño formato salva. *Excelsior* en París, *A.B.C.* en Madrid y muchos diarios ingleses y norteamericanos responden a esta conveniencia de comodidad para la lectura, que ha venido a ser ya una exigencia de la vida moderna, agitada y rápida.

Así explicaron el domingo 7 de abril de 1912 los fundadores de *La Crónica* el tamaño tabloide, toda una novedad en Lima donde los principales periódicos eran *El Comercio*, civilista-pardista (1839), y a *La Prensa* (1903), por entonces vocero oficioso demócrata-pierolista.

Agregaron la clásica promesa de independencia del periodismo político, como leemos en el párrafo siguiente:

No necesitamos disertar mucho para exponer nuestro programa por que es muy simple: decir la verdad serenamente, tal como en nuestro leal propósito la entendemos; no afiliarse a La Crónica a la defensa de ningún interés partidista sino a la defensa de los intereses nacionales.

Como *La Prensa*, este diario también cambió varias veces de dueño y, por tanto, proponemos las siguientes etapas de su historia, la cual también cuenta con una estrecha correspondencia con la política, pues ambos diarios nacieron para promover la opinión a favor de candidatos y partidos.

La primera etapa va de 1912 a 1931. En este periodo, Manuel Moral fundó el periódico y la dirección estuvo a cargo de Clemente Palma y Pedro Dulanto. La línea editorial apoyó y promocionó a los gobiernos sucesivos de Augusto B. Leguía, en el llamado Oncenio. El diario entró en crisis cuando el derrocamiento de Leguía.

Entre 1931 y 1942, el diario tiene una segunda etapa, que se encuentra marcada por la compra por parte de Carlos Larco Herrera, rico hacendado norteño con aspiraciones políticas, quien lo traspasará al Banco Popular, de la familia Prado.

En la tercera etapa, 1942-1970, la empresa La Crónica y Variedades S.A. es integrada al "Imperio Prado" junto con la fugaz *La Segunda* y *La Tercera* (ediciones de mediodía y de la tarde respectivamente) y Radio La Crónica.

La cuarta etapa comprende las décadas de 1970 a 1990. El Estado interviene el Banco Popular por crisis financiera y ambos diarios y la emisora pasan a formar parte del aparato informativo estatal, primero a servicio del gobierno militar (1970-1980) y luego a los gobiernos sucesivos de Fernando Belaúnde, Alan García y Alberto Fujimori, quien decide su cierre el 22 de diciembre de 1990. *La Tercera* dejará de circular el 26 de octubre de 1992.

El comienzo de la historia

El dueño fundador era el portugués Manuel Moral, fotógrafo talentoso y carismático que había llegado a Lima apenas terminada la guerra con Chile en 1883. Veinteañero, devoto de la fotografía, abrió un pequeño estudio en el Callao con el que tuvo éxito porque se especializó en los retratos de damas.

A principios del siglo, ya tenía dinero, era conocido y se decidió a plantar competencia a los venerables Courret y Manoury, asociándose inicialmente con Garreaud e instalándose en pleno centro, nada menos que en la calle Mercaderes, a pocos pasos de la Plaza de Armas, casi enfrente del famoso estudio Courret, y en medio de las tiendas comerciales más distinguidas de entonces.

Moral se unió pronto a la bohemia limeña y en su estudio se reunían intelectuales y periodistas como Julio Hernández, Carlos Germán Amézaga y Clemente Palma, entre otros. Contrajo matrimonio con Julia María Hernández, hija de Julio Hernández que fue quien quizá lo convenció de promover la fotografía por medio de una revista propia, en la que aparecerían en página completa las damas de sociedad que fotografiaba en su reputado estudio, la Casa Moral (originalmente Casa Lusitana). Así fue como aparecieron *Prisma* en 1905, *Variedades* en 1908, *Ilustración Peruana*, *Figuritas* y, finalmente, Palma y José Gálvez lo animaron a la aventura del diario propio, *La Crónica*.

¿Quería hacer política el portugués? Quizá su intención era solo comercial, pero sus creaciones enrumbaron a la política porque Clemente Palma, el flamante director, era partidario de Leguía, a quien acompañaría hasta el final.

En abril de 1912 terminaba su mandato Augusto B. Leguía y se perfilaba como presidente el acaudalado azucarero Antero Aspíllaga. Cuando estaban en campaña apareció *La Crónica* y celebró la presencia del candidato sorpresivo, Guillermo Billinghurst, héroe de la guerra con Chile, dinámico exalcalde de Lima y que fue quien terminó ganando las elecciones.

La Crónica fue fundada en el estudio de la calle Mercaderes y luego Moral compró una casona en la calle Pando (jirón Carabaya), donde se trasladaría meses después. Fue allí donde Manuel Moral murió de un infarto fulminante cuando inspeccionaba los arreglos del nuevo local, un aciago 7 de noviembre de 1913. Solo tenía 48 años.

En manos de Palma y Leguía

La trágica y temprana muerte del fundador de *Variedades* y *La Crónica* dejó ambas publicaciones en manos de Clemente Palma, quien había asumido la dirección por decisión del propietario. No conocemos detalles de la herencia de Moral, y debemos presumir que Palma, Gálvez, Hernández y otros de los que

controlaron ambos periódicos honraron la memoria del gestor y dueño atendiendo a las necesidades de la familia.

Clemente Palma era el hijo mayor del célebre don Ricardo Palma, quien al fundarse el diario acababa de ser removido de su cargo de director de la Biblioteca Nacional. Hubo entonces un desencuentro con el presidente Leguía, pero que fue resuelto muy rápido.

Clemente no necesitó de la ayuda del padre para afirmarse como intelectual y político influyente, pues era hombre de genio y creatividad. Escribía literatura fantástica, siendo hoy reconocido como pionero; redactaba la crítica de toros firmando como “Apapucio Corrales”, llevaba la crítica literaria y, en fin, su personalidad impregnaba las páginas de *La Crónica* y *Variedades*, aunque era en esta última donde desplegaba sus talentos.

El diario, que había sido concebido como tabloide de agilidad informativa plural al estilo norteamericano, pronto fue reduciendo sus intereses a las noticias sensacionales y policiales, convirtiéndose en órgano oficioso del leguismo. Durante el Oncenio, Leguía tuvo a su merced *La Crónica*, *Variedades*, la revista *Mundial* de Andrés Aramburú, *La Prensa* expropiada, el diario *El Sol* y otras publicaciones que le hacían coro. Cuando surgían otras voces, como la de José Carlos Mariátegui, por ejemplo, fueron silenciadas de forma inmediata y, muchas veces, mediante deportaciones.

Gracias a Leguía, Clemente Palma fue elegido y reelegido diputado y viajó con frecuencia al extranjero como representante del gobierno. Siguió escribiendo y publicando, dejando el diario en manos de redactores que lo condujeron al espacio menos conflictivo, esto es, la crónica policial y los crímenes, tanto que sus frecuentes exageraciones le hicieron ganar el mote de *La mentirosa*.

Las grandes fotos de Leguía eran frecuentes en la primera página, pero esta entrega absoluta al gobierno, trajo sus consecuencias, pues cuando aquel fue derrocado, Clemente Palma fue arrestado y llevado al Frontón por los militares que lideraba el nuevo presidente, el comandante Sánchez Cerro, en 1930. Sin embargo, en este momento Palma ya no dirigía *La Crónica* ni *Variedades*, periódicos sumergidos en la dramática crisis económica del país, uno de los factores que le costaron el gobierno a Leguía.

En 1930, el director era Pedro Dulanto y entraría en escena Manuel Cisneros Sánchez, promotor de la candidatura presidencial de Manuel Prado Ugarteche. Fue Cisneros quien maniobró para que la empresa fuera vendida en 1931 al magnate azucarero Rafael Larco Herrera, el dueño de hacienda azucarera Chiclín.

¿Y Palma? Partió a Chile, al exilio. Regresó cuando Sánchez Cerro fue asesinado en 1933 y luego publicó un libro de homenaje a Leguía. No retornó jamás a la política ni al periodismo; murió como un discreto funcionario de relaciones exteriores en 1946.

Larco Herrera, un “barón del azúcar”

Si alguien podía ser calificado de oligarca en el Perú en los años treinta, este era sin duda don Rafael Larco Herrera, propietario, junto con sus hermanos, de Chiclín, Chiquitoy y otras haciendas azucareras del norte. Su familia, llegada al Perú a mediados del siglo XIX, había logrado superar la invasión y exacción chilena de la guerra gracias a sus conexiones inglesas, y pronto rehizo su pequeño reino cerca de Trujillo, afianzando su fortuna y su influencia.

Rafael tenía la vocación de la política. Al caer Leguía, estuvo en la Junta de Gobierno de 1931 y luego ocupó otros cargos de importancia, pero lo que siempre quiso fue ser presidente. Ese mismo año, le ofrecieron la agonizante empresa La Crónica y Variedades S.A. por un módico precio. Al efectuar la compra, asumió el cargo de presidente del directorio, dejando a sus periodistas lo noticioso. Allí estaban los históricos Domingo López de la Torre, Santiago Vallejo, Guillermo Corzo, los grandes “policiales” Becerra y Marcoz Sarrín, el deportivo Óscar Paz y Ego Aguirre. De paso, fundó en Trujillo el diario *La Nación*, de poca trascendencia.

El semanario *Variedades* no volvió a salir y *La Crónica* fue sostenido por el millonario que apoyó a Benavides y luego a la candidatura de Jorge Prado Ugarteche en 1936, forcejeando con José Quesada, quien había comprado *La Prensa* para su candidatura.

Larco Herrera formaba parte del proyecto político a mediano plazo de la familia Prado, la cual se perfilaba como líder en el sistema bancario por medio del Banco Popular. Debido a esto, aceptó postular como primer vicepresidente, junto con Manuel Prado, en las elecciones generales de 1939, bajo el auspicio del presi-

dente Óscar R. Benavides. No podían perder. Eran años difíciles en el panorama internacional. Se iniciaba la Segunda Guerra Mundial, y Prado y Larco eran pronorteamericanos. Este fue el momento en el que Larco Herrera se peleó con el presidente.

El presidente Roosevelt invitó a Prado a Washington en abril de 1942, y cuando el dueño de *La Crónica* creyó que, por fin, se pondría la banda presidencial por lo menos unos diez días, el presidente decidió que sería reemplazado por el Consejo de Ministros, haciéndole una “criollada” que indignó al magnate (Larco, 1947). Debido a esto, no dudó en lanzar sus diarios contra Prado, pero le surgió un sorpresivo frente interno en *La Crónica*: un grupo de periodistas le lanzó acusaciones infundadas, hicieron denuncias, la Caja de Depósitos le reclamó por deudas que él creía arregladas por el gobierno, pero sobre todo, la empresa que proveía de papel a *La Crónica* y que le concedía un crédito generoso reclamó el pago.

En agosto de ese 1942, Larco Herrera se declaró derrotado y transfirió sus acciones a la Papelera Peruana, una de las empresas de la ya poderosa familia Prado. Desalentado y triste por la deslealtad pradista, se retiró al norte, donde sostenía una lucha encarnizada con sus hermanos por el control del negocio azucarero. Finalmente, murió en Lima en 1956.

Entre sus virtudes debemos destacar su pasión por reunir piezas prehispánicas. Su hijo, Rafael Larco Hoyle, heredó y trabajó la enorme y valiosa colección que hoy está en el museo que lleva su nombre, en Lima, en el distrito de Pueblo Libre.

Auge y debacle del Imperio Prado

Cuando el quinceañero Mario Vargas Llosa entró a trabajar a *La Crónica* en el verano de 1952, no sabía que justo entonces se libraba una dura batalla en el diario porque los Prado auspiciaban a una nueva generación de periodistas que pugnaba por ocupar el lugar de los viejos cronistas, aquellos que a duras penas habían sostenido el diario en el mediocre decenio de los años cuarenta (Gargurevich, 2002).

Desde que en 1942 *La Crónica* pasó a manos del ya poderoso y llamado Imperio Prado, la familia se desentendió un poco de la empresa periodística que era manejada por la Papelera Peruana y cuyos ingresos eran elementales en comparación a, por ejemplo, Santa Catalina y otras. El Imperio Prado estaba formado por

un centenar de empresas lideradas por el Banco Popular³. La fortuna provenía de los bienes del controvertido general y expresidente Mariano Ignacio Prado quien tuvo siete hijos: Grocio, Justo y Leoncio, que murieron durante la guerra con Chile; Mariano, que se hizo empresario y banquero; Javier, que fue el intelectual; y Jorge y Manuel, que se lanzaron a la caza de la presidencia. Luego de poseer el principal banco limeño, haber tenido un presidente en la familia y un largo etc., los Prado eran probablemente la familia más poderosa e influyente del Perú.

La familia Prado decidió mantener *La Crónica*, que languidecía allá en la vieja casona de la calle Pando (jirón Carabaya, a la vuelta de la Plaza San Martín) porque Manuel Prado podría tentar nuevamente la presidencia luego del retiro del dictador Odría (1948-1956).

A partir de 1952, y durante el Ochenio, los Prado estuvieron aguardando, reuniendo fuerzas y tomando la decisión política de invertir y mejorar *La Crónica*. En aquel año, el presidente del directorio llamó a un sobrino de su mujer para renovar el diario. Así fue como el trujillano Pedro Morales Blondet abrió fuegos contra la vieja generación de crónica roja, de bohemia y de estilo viejo, y en poco tiempo desplazó a los “históricos” para liderar el cambio que coincidió con el traslado del diario al nuevo y más grande edificio en la avenida Tacna.

Hacia 1954, *La Crónica* había cambiado. Morales Blondet apostaba más por los deportes en la edición de la tarde con Alfonso “Pocho” Rospigliosi, que por la venerada crónica roja del famoso “Becerrita” que Vargas Llosa recordó en sus memorias (Vargas, 2005).

El “Imperio” logró el éxito nuevamente cuando Manuel Prado fue elegido presidente en 1956, cargo en el que permaneció hasta 1962, año en el que fue derrocado por los militares debido a que en las elecciones generales ganó el líder aprista Haya de la Torre, vetado por las Fuerzas Armadas desde el dramático episodio de la insurrección en Trujillo de 1932.

Cuando los militares liderados por el general Velasco Alvarado tomaron el poder derrocando al presidente Belaunde en octubre de 1968, el Imperio Prado agoni-

³ Sobre la familia Prado recomendamos ver, de Felipe Portocarrero Suárez, *El Imperio Prado: 1890-1970*, Universidad del Pacífico, Lima, 1995; y, de Dennis L. Gilbert, *Historia de tres familias. La oligarquía peruana*, Editorial Horizonte, Lima, 1982.

zaba. Y cuando Mariano y Marianito negociaban su venta al Chase Manhattan Bank (vía el Banco Continental), el gobierno nacionalizó el banco. Fue así como a partir del 12 de junio de 1970, las empresas Prado pasaron a estar bajo control gubernamental, incluidas *La Crónica*, *La Tercera* y Radio La Crónica.

Habría que añadir el dramático final del otrora poderoso Mariano Prado, el gerente del banco. Murió en 1974, preso en el Hospital de Policía, enjuiciado por fraude y otros delitos. El heredero, Marianito, logró fugarse a España. Debemos recordar que el gobierno militar creó en marzo de 1974 el Sistema Nacional de Información (SINADI) que tenía como órgano rector a la Oficina Central de Información (OCI) cuya misión era, según se leía en sus estatutos fundacionales, Es política del Gobierno Revolucionario asegurar que la información, publicidad y difusión por los medios de comunicación colectiva del Estado, estén al servicio de la educación, la cultura y el entretenimiento del hombre peruano, para lograr una progresiva y cada vez más comunicación participatoria (Guarnevich, 1991, pp. 212-213).

El SINADI pasó a controlar la nueva Empresa Editora Perú —que publicaba entonces *La Crónica*, *La Tercera*, *Varietades*, *Mundial* y el diario oficial *El Peruano*—, Radio Nacional y su red a lo largo del país, así como Canal 7 y sus filiales y la Agencia Andina de Noticias. También asumió el control de las televisoras y emisoras que el Estado había tomado desde la promulgación de la Ley de Telecomunicaciones de 1971 (51 % de la TV de Lima y 25 % de las emisoras principales) (ídem, pp. 210-211).

Thorndike en La Nueva Crónica

Al iniciarse 1970, los militares libraban una dura pelea con los medios privados. *La Crónica* y *La Tercera* les parecieron útiles para la difusión de propaganda, así que decidieron conservarlos. Nombraron un directorio presidido por Javier Aramburú Menchaca y ahí estuvo todavía Gustavito Prado Montero, hijo del antiguo dueño Gustavo Prado Heudebert, soberbio e indiferente, que jamás contestaba un saludo y al que motejaban “huelecaca”. El director era el notablemente ubicuo Augusto Rázuri.

En 1971, Velasco envió a Luis Gonzales Posada a *La Crónica*, este era hermano de su mujer y por ello era apodado “Cuñadísimo”. Su único aporte al diario fue el nuevo nombre, *La Nueva Crónica*. También llegaron al diario el anecdótico Ismael Frías, Hernando Aguirre Gamio y otros.

Cuando el gobierno decidió la expropiación de la llamada “gran prensa”, dispuso que *La Crónica* y *La Tercera* fueran renovadas y para ello llamaron a Guillermo Thorndike, uno de los periodistas más notables de la época⁴, su llegada junto a su batallón de periodistas a *La Crónica*, en julio de 1974, fue como si un verdadero sismo hubiera sacudido las instalaciones improvisadas en el jirón Andahuaylas, el viejo predio de la empresa de tejidos Santa Catalina, una de las joyas del extinto Imperio Prado, donde antes se había instalado una poderosa rotativa Metro Goss. Los Prado, abrumados por la crisis, habían vendido el gran edificio de la av. Tacna al hotel Crillón, que lo convirtió en Centro de Convenciones (años más tarde, el hotel, en bancarrota, lo vendió a una empresa de supermercados, un extraño destino para el antiguo hogar de un diario).

Así, a la vez que nuevos directores y redactores entraban a los edificios de los diarios confiscados en la noche del julio del 27, Guillermo ingresaba a una redacción silenciosa, ante un grupo de veteranos redactores preocupados y temerosos. Ya había convocado al equipo de periodistas que se haría cargo y tomaría personalmente *La Crónica* y entregaría *La Tercera* a Domingo Tamariz⁵.

¿Quiénes estuvieron en esa redacción que sacudió la historia del periodismo nacional? El Chino Domínguez, José Luis Vargas, José Adolph, Mirko Lauer, Humberto Castillo Anselmi, Alejandro Sakuda, Manuel Alcántara, Abelardo Oquendo, Luis Delboy, Maruja Barrig, Ricardo Muller y Jesús Ruiz Durand, entre otros, casi una treintena. Thorndike hasta se dio el lujo de prescindir de “Pocho” Rospigliosi y su equipo deportivo de *La Tercera* sin que esta perdiera un solo ejemplar de venta.

El formato cambio de tabloide a estándar, reactivaron *Variedades*, lanzaron la revista *Mundial* y por escasos meses la versión en quechua *Cronicawan*, manejada por Ángel Avendaño.

La primera edición de esta nueva etapa tardó en salir, pero su titular principal atrajo a más de cien mil lectores, pues proclamaba “Sin patronos ni mordaza”, sin

⁴ Sobre la vida y obra de Thorndike recomendamos ver la revista *Martín. Revista de Artes & Letras* dedicada íntegramente al personaje. Universidad San Martín de Porres. Nro. 21, año IX, octubre 2009. Lima.

⁵ Para conocer en detalle la historia de esa etapa de ambos diarios, es indispensable ver el texto de Domingo Tamariz Lúcar *Memorias de una pasión. La prensa peruana entre la democracia y el autoritarismo*, Tomo II (1964-1980). Jaime Campodónico Editor. Lima. 2001.

disimular el tono de lo que vendría en ese año, el mejor de toda la historia de *La Crónica* y *La Tercera*, que llegó a vender más de doscientos mil ejemplares. Esta hazaña duró poco, un año exacto. El propio Velasco, días antes de ser defenestrado por Morales Bermúdez despidió a Thorndike reemplazándolo por su yerno Luis Gonzales Posada. El nuevo y gran equipo periodístico fue casi reemplazado en su totalidad.

El general Morales derrocó al general Velasco e inició lo que llamó la Segunda Fase, la cual incluyó cambios en el diario. Llamó de nuevo a Aguirre Gamio, luego a Luis Silva Santisteban y, finalmente, a José Luis Brousset, quien asumió la ingrata tarea de despedir nada menos que a 64 trabajadores, la mayoría periodistas.

En 1976, se formalizó Editora Perú, que asumió las actividades de Editora La Crónica y Variedades S.A., de la Empresa Editora del Diario Oficial El Peruano y de Editorial Virú.

Total, cuando *La Crónica* y *La Tercera* pasaron a control del nuevo gobierno de Fernando Belaunde, en 1980, habían vuelto a ser los viejos diarios de siempre, sin ánimo ni imaginación. Se recordará que en julio de ese año, los diarios y las estaciones de radio y televisión confiscadas fueron devueltos a sus antiguos propietarios, pero contra todo lo esperado, y quizá bien aconsejado, Belaunde desactivó el SINADI militar para reemplazarlo por el Sistema Nacional de Comunicación Social (SINACOSO), que heredó el atractivo aparato de información estatal construido por el gobierno de facto, pero que nunca cumplió con instalar una Comisión Consultiva y un Consejo Nacional de Comunicación Social.

El SINACOSO fue encargado a Miguel Alva Orlandini, del partido Acción Popular, y *La Crónica* pasó a ser dirigida, Vargas estuvo hasta 1984, por el notable intelectual Augusto Tamayo, quien le dio al diario un aire cultural que no había tenido nunca, pero que hizo que su venta descendiera a niveles mínimos.

En junio de 1981, Editora Perú fue organizada como sociedad anónima, estatal de derecho privado con el nombre de Empresa Peruana de Servicios Editoriales S.A, (en 1994, esta se fusionó con la Agencia Peruana de Noticias y Publicidad (Andin) que había sido fundada en 1981).

En 1985, triunfó el aprista Alan García en las elecciones generales y el SINACOSO pasó a manos de Hugo Otero, quien despidió al transitorio Ismael León y nombró al militante Rodolfo Orozco.

Poco quedaría por contar de la etapa aprista de *La Crónica* y *La Tercera*, si no fuera por el paso fugaz de Ricardo Ramos Tremolada, nombrado director a los 23 años, en 1986. Ramos era un intelectual que hizo esfuerzos por mejorar el diario, editando, por ejemplo, el excelente y recordado suplemento *Hipocampo*.

El 22 de noviembre de 1990, Editora Perú emitió un comunicado anunciando que a partir de la fecha se suprimiría la edición y publicación del diario *La Crónica* “por fecha indefinida y mientras se analiza la viabilidad técnica y financiera de su futura reaparición” (El Comercio, 1990). La nota agregaba que “su supervivencia en el competitivo mercado periodístico se ha hecho imposible de sostener[...] Sus niveles deficitarios han llegado a extremos de considerable gravedad, habiendo reducido sus ventas a poco menos de 1,600 ejemplares diarios”.

La República, en una nota publicada en marzo de aquel año, registró que el conocido periodista César Lévano fue designado director de *La Crónica* por el nuevo jefe del SINACOSO, Jorge Sosa Miranda, añadiendo que el nuevo director de *El Peruano* sería Carlos Howes Beas (La República, 1990). Ninguno de los nombramientos se hizo efectivo, la decisión ejecutada fue la de cerrar *La Crónica*. Por su parte, el SINACOSO fue finalmente desactivado por fuerte presión de la Asociación de Diarios y otras fuerzas políticas.

Algunos periodistas fueron despedidos y otros pasaron a la redacción de *La Tercera*, la cual sobrevivió un poco más, pero el nuevo gobierno de Alberto Fujimori decidió su cierre. Esta publicación nació el 9 de diciembre de 1953 y circuló hasta 26 de octubre de 1992. Su último director fue Luis Arista (El Comercio, 1992).

¿Volverá a circular *La Crónica*? En 2010 se supo, y se publicó con amplitud, que la titularidad del nombre y el logotipo había sido reclamada en Indecopi por abandono y pasado a personas que finalmente lo vendieron a la Universidad San Martín de Porres y, más específicamente a su rector, el militante aprista Chang. Se especuló a partir de entonces que el APRA relanzaría *La Crónica* para la campaña electoral de 2016, en la que, con seguridad, Alan García aspirará a la presidencia nuevamente, pero el APRA y el periodismo nunca hicieron buena pareja.

BIBLIOGRAFÍA

Beltrán, Pedro G.

1976. *La verdadera realidad peruana*. Madrid: Editorial San Martín.

Gargurevich, Juan.

2005. *Última Hora. La fundación de un diario popular*. La Voz Ediciones: Lima

1991. *Historia de la prensa peruana 1594-1990*. La Voz Ediciones: Lima

Larco Herrera, Carlos.

1947. *Memorias*. Lima.

Martínez Riaza, Ascensión.

1985. *La prensa doctrinal en la independencia del Perú 1811-1824*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.

Mendoza Michilot, María.

2013. "Entrevista a Arturo Salazar Larraín". En *100 años de periodismo en el Perú. 1949-2000*. Lima: Fondo Editorial Universidad de Lima.

Miró Quesada, Carlos.

1961. *Autopsia de los partidos políticos*. Lima: Ediciones Páginas Peruanas.

Paz-Soldán, Juan.

1917. *Diccionario biográfico de peruanos contemporáneos*. Lima: Librería e Imprenta Gil.

Porras Barrenechea, Raúl.

1979. *El periodismo en el Perú*. Instituto Raúl Porras. Miraflores. 1970.

Thorndike, Guillermo.

2003. *Ocupación, testigo. La edad de plomo*. Lima: Universidad San Martín de Porres.

Vargas Llosa.

2005. *El pez en el agua*. Lima: Alfaguara

2002. *Reportero a los 15 años*. Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú: Lima.

PERIÓDICOS Y PUBLICACIONES SERIADAS

El Comercio.

1990. “*Cierran diario La Crónica*”. *El Comercio*, Lima. 23 de diciembre, p. 4.

1992. “*Después de 39 años dejará de editarse diario La Tercera*”. *El Comercio*.

Lima 26 de octubre, p. 4

Expreso.

“Churrería en las oficinas de Publicidad de La Prensa”. *Expreso*. Lima, 25 de marzo, p. 7

Hoy.

1986. “Marcharon a Palacio colegas de la Prensa”. *Hoy*. Lima, 22 de enero, p. 5.

La Prensa.

1948. “Editorial”. *La Prensa*. Lima, 30 de agosto, p. 3

1980. *La prensa*. Lima. 30 de julio, p. 1.

La República.

1990. *Lévano será director de La Crónica*. *La República*. Lima 4 de agosto, p. 6.

Marka.

1985. “Trabajadores de La Prensa pasan trágico viacrucis”. *Marka*. Lima, 15 de noviembre, p. 4.

Momento.

1976. “Una carta vetada por la censura”. *Momento*. Lima, número 13.

Novedades.

1990. “El SINACOSO” y la muy mala memoria de AP”. *Novedades*.

Lima, 13 de agosto, p. 13.

El Comercio.

1972. “Documentos oficiales sobre la Dirección de *La Prensa* y acciones de P. Beltrán”. *El Comercio*. Lima, 26 de enero, p. 4.